

RESEÑA

Angie Sánchez Cárdenas.¹

Lecturas emergentes. Decolonialidad y subjetividad en las teorías de los movimientos sociales.

Autora: Juliana Flórez Flórez

Fuente

FlorezFlorez, J. (2010) Lecturas emergentes. Decolonialidad y subjetividad en las teorías de movimientos sociales. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.

Palabras claves: Movimientos sociales – Acción Colectiva – Decolonialidad – Subjetividad y Des-sujeción – Feminismo

¿Cómo estamos entendiendo la modernidad, su crisis y el potencial de los movimientos sociales de América Latina para afrontarla? ¿Es posible superar la noción eurocéntrica de modernidad y avanzar hacia una interpretación que nos permita entender el potencial de las acciones colectivas de nuestra región? ¿Qué se podría encontrar detrás de los disensos que se manifiestan en los movimientos sociales de tal forma que no aparezcan como barreras sino oportunidades para reorientar estratégicamente los objetivos de la lucha y, así mismo, asumir los asuntos identitarios como estrategia política?

Estas preguntas atraviesan el texto con el que Juliana Flórez Flórez aborda el estudio de los movimientos sociales para avanzar en una propuesta que desagrega en las dos partes del libro. Por un lado, en las teorías de los movimientos sociales y de la acción colectiva encuentra, particularmente en lo que denomina el giro decolonial, elementos significativos para construir lecturas emergentes. Estas últimas son entendidas en el campo de las ciencias sociales y humanas como un ejercicio epistémico que, en el caso de la autora, corresponde a un conocimiento situado en el feminismo y que se plantea bajo la necesidad de decolonizar el análisis de la acción colectiva (p.27).

Por otro lado, la subjetividad es otro de los asuntos centrales para la autora y es pie-

¹ Politóloga, Candidata Maestría en Sociología – Universidad Nacional de Colombia.



za fundante del análisis propuesto. En esta medida, parte de su interés por el sujeto político y continúa con el estudio de los disensos concebidos como ejercicios de des-sujeción (p. 197). Sitúa la interpretación desmitificada pero valorativa de los movimientos sociales en un escenario que los muestra como los 'héroes y antihéroes' de la acción colectiva; esto se evidencia, precisamente, en el campo de lo estratégico donde los disensos constituyen el ejercicio necesario para la pervivencia de los movimientos sociales y para su continua dinamización (p.236).

Inicialmente, estos aspectos propuestos para el análisis de los movimientos sociales, son parte de la crítica a las diversas teorías que se centran en la modernidad. La autora presenta un exquisito estado del arte de las teorías de los movimientos sociales y la acción colectiva, de las cuales distingue tres tipos. En un primer grupo aparecen las teorías de movimientos sociales de corte disciplinario, aquellas que enfatizan la dimensión estratégica tales como la teoría de movilización de recursos y la teoría de los procesos políticos; también las que abordan la dimensión identitaria como las teorías de los paradigmas identitarios o aquellas que recogen ambos elementos, lo estratégico y lo identitario, como la teoría de los marcos interpretativos. En el segundo grupo se encuentran las teorías de la acción colectiva de corte interdisciplinario, las que a diferencia de las anteriores apelan a la acción colectiva como categoría mucho más amplia para el análisis. El tercer y último grupo lo componen las perspectivas de la acción colectiva de corte transdisciplinario, donde se encuentra el nutrido debate que propone el Programa de Investigación Modernidad/Colonialidad Latinoamericano PM/C.

Conforme se va desarrollando esta descripción crítica, la autora muestra cómo en

la década de los ochenta, con las teorías de corte disciplinar, se desplegó un gran optimismo por el potencial de los movimientos sociales para sortear la crisis de la modernidad (capítulo 1); Sin embargo, a finales de la década, la relevancia que adquirieron estos movimientos no tuvo la misma validez o interpretación para el caso del Sur, pues estas teorías los mostraron con insuficiente potencial para desafiar efectivamente el proyecto de modernidad (p.59).

A ese periodo de efervescencia siguió el desencanto, ya que allí donde el proyecto moderno no había llegado, era muy difícil que los movimientos sociales pudieran siquiera alcanzar a cuestionarlo. Es así que, en el segundo grupo de teorías, trabajos como los de Touraine los denominan movimientos socio históricos o culturales pero no propiamente movimientos sociales; en tanto que para Laclau y Mouffese trata de luchas populares que no alcanzan el umbral determinado para radicalizar su democracia (p. 62-66). De otro lado, autores como Melucci y Giddens refuerzan la idea de sometimiento a la condición premoderna.

Es aquí donde Florez comienza a perfilar una apuesta que retoma las teorías de corte transdisciplinar y lo hace recogiendo los aportes analíticos de los anteriores grupos de teorías; más aún, con los elementos críticos de las mismas y los avances de nuevas miradas y lecturas emergentes que apuntan al giro decolonial.

La autora retoma el concepto de globalización como una categoría, si bien vinculada a la modernidad eurocéntrica, expuesta a continuos posicionamientos críticos. Desde allí, se hacen evidentes no sólo los límites del proyecto moderno sino los de una epistemología post-ilustrada que ha sometido tanto la práctica como la interpretación de las lu-



chas y las tensiones de y en los movimientos sociales dentro de una racionalidad binaria en donde no caben otras lecturas. Esta tendencia de las teorías de los movimientos a “*dividir las dinámicas sociales en entidades nítidamente diferenciadas y jerárquicamente ubicadas, según su menor o mayor distanciamiento de la tradición, antes que un des-cuido, obedece a la visión eurocéntrica de la modernidad, que toman de las teorías críticas de la ilustración y, más concretamente, a su operación eurocéntrica de tomar la globalización como el último estadio de la modernidad*” (p. 83). Precisamente, a causa de la colonialidad del saber, las lecturas ilustradas de lo político terminan descalificando la acción colectiva latinoamericana y terminan negándole estatus político.

La categoría de giro decolonial, para el PM/C supone un posicionamiento político y apunta a una voluntad de poder; busca la transformación social de manera crítica articulando la experiencia y la memoria colonial. Esta corriente tiene mucha proximidad con otras corrientes críticas en las cuales la autora se detiene, dada su escasa acogida en el análisis de los movimientos sociales; a saber, los estudios subalternos, los estudios poscoloniales y la epistemología feminista situada. Este conjunto constituye un *punto de inflexión en el estudio de los movimientos sociales* (p. 84). Así, la razón principal de acudir al giro decolonial y al PM/C tiene que ver con que sus reflexiones sobre la modernidad logran transgredir las visiones hegemónicas, lo que se expresa en las seis claves para entender y dar el giro decolonial que la autora propone.

La segunda parte del libro presenta una apuesta por subjetivar la resistencia en el rico ejercicio de recrear las relaciones de poder, desde donde se propone un análisis de los antagonismos internos de los movimien-

tos sociales en términos de disensos, que son en últimas los antagonismos residuales de las dinámicas de colectivas producidas luego del posicionamiento estratégico de la identidad (p.116). Más allá, sostiene que los movimientos sociales se mantienen dinámicos en la medida que dan cabida al disenso, como un ejercicio que acompaña y posibilita la búsqueda del consenso en sus principios de lucha (p.20). En este mismo plano, plantea la tesis que los movimientos logran gestionar sus disensos mediante continuas tácticas de *des-sujeción* que desplazan los límites que definen su identidad política, lo que le permite al final del libro argumentar en favor del sujeto de deseo como el sujeto político de los movimientos sociales contemporáneos.

El conflicto y los antagonismos son revisados conceptual y teóricamente y pasan a contribuir, en el ejercicio de identificación de los disensos, una dimensión política de la acción colectiva; es así que la autora retoma con Mouffe el sentido político de los antagonismos y desafía el privilegio que ha tenido el consenso en la teorías de los movimientos sociales (entendiendo además que el consenso es núcleo político de la modernidad misma). Para llegar a este punto, resulta además necesario retomar el lugar de las diferencias en el análisis de los disensos con el trabajo, por ejemplo de Escobar, Danigno y Álvarez (p. 135), sobre las políticas culturales de los movimientos sociales y la forma en la que esto les enriquece identitaria y estratégicamente.

Este ejercicio analítico se retroalimenta con la diferenciación que propone Michel Certau entre tácticas y estrategias en la acción colectiva, en la que las primeras se refieren a un plano instituyente de la identidad y las segundas aluden a uno instituido. En este caso, las tácticas de la identidad se



despliegan para enfrentar los límites identitarios con un *otro* que puede no ser tan diferente o un adversario potencialmente aliado. Así, se trata de *Tácticas de Des-sujeción* en el sentido que Judith Butler propone, en donde la constitución de la identidad es un proceso de continuo acercamiento y distanciamiento del poder, ejercicio que ella llama *des-sujeción*; por lo tanto, se refiere también a una conciencia de la sujeción y un reconocimiento del potencial de los disensos que ello suscita dentro del movimiento.

Esta reflexividad en el análisis se expone en el último capítulo, donde Flórez Flórez muestra cómo los feminismos de frontera buscan superar el binarismo en la expresión de las luchas, en resistencia contra las relaciones de poder, a través de la identificación con respecto a los distintos sistemas de opresión que operan, lo que constituye un ejercicio propio de des-sujeción. Este análisis da cuenta en últimas de una simultaneidad del funcionamiento heterárquico y variable de los sistemas de opresión, consecuencia del proyecto moderno que ha logrado que los sistemas de subordinación de las mujeres por los

hombres sean funcionales a la opresión de las mujeres por otras mujeres.

Este hallazgo resulta interesante pues entiende que las teorías de los movimientos sociales han reconocido sólo dos tipos de sujetos políticos: un *sujeto de derecho* que busca ser incorporado a un orden y otro *sujeto identitario* que busca salirse del mismo y legitimar un orden simbólico específico.

Finalmente, el análisis en clave de sujeto de deseo permite exponer la doble condición de héroes y antihéroes de los movimientos en un asunto que se configura como estratégico con la intención de desplegarse a un deseo político. Ello ocurre cuando se procura un lugar de enunciación propio y donde la estrategia obliga a pensarse desde la heroicidad. Así mismo, cuando el movimiento se encuentra en un momento en que no es tan indispensable la diferenciación con respecto a otros movimientos, replegar los asuntos identitarios resulta más ventajoso a expensas de pasar por ser antihéroes de la acción colectiva y, aun así, este resulta ser el punto en la trayectoria en el que los movimientos ponen en circulación los antagonismos y gestionan sus disensos.

